

LA CASCADA

JOAQUÍN JOSÉ DE PAZ MARTÍNEZ

En un paraje idílico, en algún lugar del Camino de Santiago, entre Rabanal y Riego de Ambrós, surge un camino serpenteante en el declive de una de las laderas del Monte Irago.

El vertiginoso descenso al fondo del valle - de los valles- transcurre bajo la cúpula arbórea de

montes y prados comunales.

Crecido ya el cauce saltarín, las aguas intranquilas pasan a ser borbotoneantes remolinos de espuma algodonosa que se precipitan en el abismo de frondosidad que conforma el más hermoso alumbramiento fluvial que se puede

Templarios, de caballeros sin fortuna- riberas abajo del arroyo. El robledal y los abedules atestiguan, con su muda presencia, el discurrir de la corriente hacia tierras menos 'duras, más placenteras.

Los remansos de la periferia de la fosa cautivan los verdes colindantes y los reflejan, en fusión de arco iris con el azul escaso del poco cielo que se divisa en la estrecha travesía, horadada por la furia tumultuosa del cauce cristalino.

Con el declinar de las estaciones, este paisaje se tiñe de blanco de copo y gris de cielo. Los gélidos días invernales frenan la descongelación de la nieve. Merma abruptamente el caudal del arroyo. Se congela el agua agonizante de la cascada.

Un leve reguero se abre paso entre dos descomunales columnas de hielo que, adosadas a la pared de roca, soportan con su porte hercúleo el peso vivo del valle, de las montañas que las forman o - quizás - de la bóveda etérea que las nutre y mantiene. Los laterales de las columnas se recubren de una fantasía cambiante de estalactitas y estalagmitas, lento goteo del tiempo frío del momento. La fosa se abriga con una sólida manta de hielo, solamente resquebrajada por el tímido correr del reguerillo que sobrevive a las temperaturas glaciales de la época.



robles centenarios y de extraños pinos retoñales. Un arroyuelo, cobijo de salamanquesas y zapateros, dirige en camino firme la senda - salpicada por múltiples brazos del propio arroyo y jalonada, a veces, por las bocas de las torrenteras que la cortan y la desbaratan cual "ruina montium" aurífera- que lo arroja a las profundidades del lugar donde confluyen otros cuatro valles. Cuatro surcos vitales recogen las breves lluvias estivales y las borrascosas tormentas otoñales.

Cerca de la comunión de los riachuelos, una breve pradera tapiza el terreno que estos surcan. Desde ella, apenas a unos metros, se pueden divisar los robles y encinas que trepan las laderas escarpadas del entorno montaraz. Un viejo colmenar, abandonado, testimonia glorias pasadas de poblados cercanos que no resistieron los ataques que los lobos, los osos y, sobre todo, los hombres infligieron a sus rebaños, huertos y propiedades. Las vallas de piedra, derruidas por el inevitable paso del tiempo, deslindan todavía los míseros huertos -quijones de hierba- de los

imaginar. Las nubes de rocío que se vaporizan, empapadas de luz solar, iluminan fugazmente el lóbrego fondo del salto del río. La llovizna constante de mínimas partículas de luz y aire se abate suavemente sobre las hojas ondulantes de los helechos. Alguna ráfaga de viento reparte su carga de color con la arboleda circundante.

El milenario golpeteo sobre la roca ha excavado una profunda sima en la hoya de la caída, esculpido caprichosas, multiformes y abstractas hendiduras y relieves en las paredes verticales del encajonamiento.

La vegetación es exuberante, predominan los verdes acerados del acebo, los verdes grisáceos de robles y abedules y los verdes esmeralda de helechos y berráceas.

Las hojas punzantes de los acebos guardan la angustiosa ruta, convierten en inextricable paso de peregrinación la caminata -contemplada hieráticamente por las ruinas de antiguas abadías y monasterios de monjes esforzados, de

El matiz de los verdes otoñales apenas asoma entre el resplandor blanquecino de nieve y hielo; sólo los tenaces e ígneos acebales, alguna herbácea de escaso porte y los musgos, que se aferran a las rocas descarnadas, se atreven a exponer su colorido a las ventiscas polares, a las nevadas perpetuas de estos enigmáticos valles y montes ancestrales.

Bajo los incipientes rayos del sol de primavera se desploma el Cielo de sus soportes de roca fría. El mínimo caudal se ensancha, crece, desboca, ensordece y -por fin- se precipita, arrastra y reparte las náyades de las fuentes de peregrino a Compostela y los restos de témpano que durante toda la invernada han servido de sostén a la vida en el valle silencioso, primigenio del oscuro bosque del Monte Irago, valle eremítico final, rincón ultramontano.

Zamora, 29 de Mayo de 1.999